

“De Yeltsin a Putin: Cambios y consecuencias para una nueva Rusia”

Cristóbal García-Huidobro

Las reformas de Gorbachov dieron paso a una serie de cambios profundos en la estructura social, política y económica del antiguo estado soviético, abriendo el camino al surgimiento de un escenario geopolítico novedoso así como inestable, y que se ha mantenido en forma relativa durante los siguientes 25 años luego de la caída de la URSS: La adopción de un modelo de economía de mercado y un proceso de aprendizaje democrático se mezclarán con el surgimiento de oligarquías económicas, la mafia y la demagogia nacionalista y comunista postsoviética. Será en este escenario que en el que descollarán dos figuras políticas trascendentales: Boris Yeltsin y Vladimir Putin. Yeltsin abrazó la reforma política y económica como un evangelio que permitiría rescatar a Rusia del caos, mientras que Putin parece haber visto en los usos tradicionales del periodo zarista y soviético otro mecanismo para devolver a Rusia a un sitio de grandeza y relevancia en el concierto político mundial.

Boris Yeltsin se convirtió en el primer presidente de la nueva Rusia, encarnando la esperanza de progreso y democracia que muchos rusos habían abrigado luego de la disolución de la Unión Soviética en diciembre de 1991. Desde ese momento se inició la transición del modelo comunista a uno de carácter democrático y capitalista, en el que la iniciativa privada se convertiría en el motor de la nueva economía y la apertura de los mercados permitiría aprovechar el enorme potencial económico de la nueva Federación Rusa, pero asimismo su gobierno generó enormes expectativas de renovación así como de enriquecimiento para el ciudadano ruso promedio. Sin embargo, lamentablemente debido a la situación interna de Rusia minada por la inestabilidad política, el surgimiento de nacionalismos locales, una crisis económica rampante que iba de la mano con el fracaso de implementar una verdadera economía de mercado, frustrarán en parte el legado de uno de los padres de la Segunda Revolución Rusa. El mismo en el texto de su renuncia a la presidencia de Rusia, fechada el 31 de diciembre de 1999 decía sentidamente: “Quiero pedirles perdón a todos aquellos a quienes sus sueños no se cumplieron, no porque estoy de acuerdo con algunos que creían que de un solo golpe uno podría haberles ayudado a cruzar desde un pasado gris, anquilosado y totalitario a un futuro civilizado, rico y brillante, sino porque el dolor de todos y cada uno de ustedes lo he hecho mío, en mi corazón, y al decirles adiós, quiero aprovechar de decirles a todos ustedes que sean felices. Ustedes se merecen felicidad y paz”.

Es en este escenario que entra a jugar parte un funcionario de rango medio que había sido elevado al poco atractivo puesto de Primer Ministro de Rusia: Vladimir Putin. Putin, que había tenido un cargo menor en la administración de la ciudad de San Petersburgo y del cual se elevó prontamente a jefe del Servicio Federal de Seguridad (ex KGB), fue elevado por Yeltsin en su carrera política, pero desde allí el ascenso a lo más alto fue todo mérito de Putin. Siguiendo la senda de la reforma económica, el nuevo Presidente imprimió a su mandato un signo fuerte y autoritario, rememorando las antiguas gestas de la historia rusa e intentando posicionar a su país en el escenario internacional como una potencia que es capaz de provocar desequilibrios y probar su poder frente a las otras potencias hegemónicas del sistema internacional.